

Diálogo entre un reaccionario y un comunista

NO ES UN CAMBIO DE HOMBRES LO QUE NECESITAMOS, SINO UN CAMBIO TOTAL DE REGIMEN

REACCIONARIO: Yo creo que de esta vez tiene que abrir los ojos el pueblo y llevar a la Presidencia de la República a un hombre honrado y con una buena preparación. De lo contrario no saldremos nunca de esta crisis espantosa.

COMUNISTA: ¿Y usted cree que un hombre honrado pueda ponerle fin a la crisis?

REACCIONARIO: Naturalmente que sí. Ustedes mismos los comunistas no es otra cosa lo que persiguen. Lo único es que quieren que los hombres de gobierno sean comunistas.

COMUNISTA: Está usted totalmente equivocado, amigo. Los comunistas no perseguimos un simple cambio de hombres, sino un cambio total de instituciones. Quitar un hombre para poner otro es dejar el problema siempre planteado.

REACCIONARIO: No comprendo.

COMUNISTA: Mire, imagínese que un hombre de negocios hubiese comprado un automóvil hace diez años para realizar su trabajo. Imagínese que hoy, diez años después, sus actividades se hubiesen triplicado y que el carro no sólo se hubiera descompuesto sino que además resultara anticuado en su mecanismo y por esta razón poco eficiente. ¿Cree usted que cambiándole de chofer al carro, conseguiría el hombre de negocios mejorar el servicio del vehículo? En otras palabras: ¿Cree usted que el simple cambio del hombre que pone a funcionar el mecanismo del carro, modernizaría este mecanismo, lo haría más eficiente, más potente, más veloz en sus evoluciones, y que el carro ya respondería a las necesidades triplicadas de su dueño?

REACCIONARIO: Indudablemente que no. Si el mecanismo del carro está malo, si es anticuado, el chofer no podrá conseguir nunca que el carro rinda el provecho que las nuevas circunstancias exigen, a menos que pudiera cambiar el mecanismo o mejorarlo. Eso es bien claro.

COMUNISTA: El chofer no podrá hacer otra cosa que apretar los resortes que ya tenía el carro, que mover las palancas de que el mismo ya estaba dotado, que hacer girar el viejo volante en un sentido o en otro. En esa forma, todas las buenas condiciones del chofer resultarán supeditadas al mecanismo lerdo y anticuado; éste prevalecerá sobre aquéllas.

REACCIONARIO: Bueno, pero ¿qué tiene que ver eso con lo que estábamos hablando?

COMUNISTA: Mucho. No comprende usted que el organismo social tiene también un mecanismo comparable con el de un vehículo cualquiera? Hay un momento en que el mecanismo social no responde a las necesidades de la vida social; resulta anticuado, cojo; sus piezas están gastadas si no quebradas o totalmente destruidas. En esa situación lo que se impone es un cambio de mecanismo y no simplemente un cambio de Presidente que equivaldría a un cambio de chofer. Personalmente un Presidente podría ser muy honrado o muy ilustrado, pero no tendría otro remedio que apretar los resortes del viejo mecanismo mover las palancas que ya encontrara en él y hacer girar el anticuado volante. La actual crisis que enfrentamos no es otra cosa que el resultado lógico de todas las fallas del mecanismo social. Hay que cambiar ese mecanismo; hay que modernizarlo; hay que ponerlo a tono con las nuevas exigencias de la vida. Pero eso no se consigue cambiando simplemente de chofer. ¿Me comprende?

REACCIONARIO: Hay una cosa que no comprendo. ¿Por qué habla usted de cambiar el mecanismo y no de arreglarlo?

COMUNISTA: Ya le dije que un mecanismo no sólo debe estar en buen estado sino que debe tener la capacidad necesaria para llenar los fines a que está destinado. Un automóvil de mecanismo antiguo por ejemplo, podrá estar en perfecto buen estado, y sin embargo carecer de muchos de los requisitos que reclaman las necesidades verdaderas. Por eso en el caso que nos ocupa, no basta con arreglar el mecanismo social sino que es necesario cambiarlo, así lo reclama el grado de desarrollo económico a que han llegado los pueblos. Mientras eso no se haga, las cosas no cambiarán. Las piezas que hoy se arreglen, dentro de unos días estarán de nuevo en mal estado desde luego que el vehículo se ve obligado a desarrollar una actividad para la cual no está capacitado.

REACCIONARIO: Contésteme ahora este otro punto: ¿un chofer bueno no puede arreglar el mecanismo descompuesto y conducir mejor el vehículo que uno malo?

COMUNISTA: Sí podría él solo arreglarle algunas piezas al mecanismo, pero acabo de demostrarle que con eso no basta. Además, con un mecanismo malo, casi no podría establecerse diferencias notables entre un chofer bueno y un chofer malo; el mecanismo lo igualaría. Y a propósito, voy a decirle esto: cuando nosotros llevamos un hombre a un Municipio, o cuando tratamos de llevarlo al Congreso, sabemos que ese hombre no podrá hacer otra cosa que arreglar piezas malas del mecanismo social. Y estamos convencidos de que con eso a ningún lugar se habrá llegado desde luego que como le expliqué los defectos esenciales del mecanismo siempre se conservarán y las piezas arregladas volverán a descomponerse poco tiempo después. Ese mismo convencimiento explica el hecho de que para nosotros los comunistas, la política electoral sea una cosa secundaria sin trascendental importancia para nosotros. Como buenos marxistas, no podemos desaprovecharla en nuestras labores de propaganda ideológica, pero hacemos de ella un simple medio—y de los menos importantes—y no un fin. Para nosotros por encima de los problemas electorales están los problemas de organización y adoctrinamiento revolucionario del Partido.

REACCIONARIO: Bueno, y un hombre de esos que ustedes llaman burgueses no podría realizar también esas reformas que uno de ustedes trataría de realizar en el Congreso por ejemplo.

COMUNISTA: Sí podría hacerlo, pero insisto en de-

cirle que eso no sirve de nada, sino se usa como punto de apoyo para la transformación total. Tengo además que decirle otra cosa. En la historia, las instituciones, los mecanismos, se transforman mediante fuerzas poderosas emanadas de alguna clase social. Son las clases las que realizan las grandes transformaciones sociales y no los hombres aisladamente o en grupos heterogéneos. Cuando una fuerza realiza una de esas grandes transformaciones, pierde su carácter transformador y se transforma en defensora de lo que ella misma ha creado; es decir, que adquiere el carácter de potencialidad conservadora. Entonces, comienza a gestarse la otra fuerza transformadora, la que en el momento oportuno, cuando el mecanismo vuelva a estar en desarmonía con la realidad, lo transformará. Y en este momento, se establece una lucha de fuerzas que objetivamente es una lucha de clases. Véalo prácticamente: en los últimos tiempos de la época feudal, nos encontramos con una fuerza feudal emanada de la clase feudal, luchando contra la fuerza burguesa, emanada de la clase burguesa, en defensa del organismo feudal. Triunfó esta última y modificó el organismo social luego de revolucionarlo, pasó a conservadora, a defensora decidida de lo ya hecho. Pero conforme el mecanismo creado por la burguesía se envejece, se malea, se queda atrás del desenvolvimiento de la vida económica y social de los pueblos, va robusteciéndose la fuerza transformadora en la misma proporción en que se robustece la clase transformadora; esa fuerza y esa clase es la proletaria. De tal manera que la gran transformación la va a realizar el proletariado como clase, como fuerza históricamente destinada y capacitada para esa obra. Pero ¿cómo lucha la otra fuerza por defender este armatoste inservible que se llama organización social capitalista? Pues de muchas maneras, pero entre otras, creando formando un tipo de hombre dócil y miope, capacitado apenas para mover las palancas y los resortes del viejo aparato y a la vez feroz cuando alguien pretende reformar ese aparato. Vea usted si no, como los hombres que la burguesía lleva a la Presidencia de la República, a las Municipalidades, al Congreso, a los Ministerios, etc. actúan en formas disparatadas, absurdas, empeorando lo que debían mejorar y mejorando lo que debían empeorar por sus métodos rutinarios de accionar. Estos hombres tienen siempre una mentalidad fozilizada, moldeada en los cánones del viejo mecanismo, y que en consecuencia no puede funcionar con ritmos diferentes de los de ese mecanismo. Son esas las mentalidades que ahora han dado en llamar "leguleyas". En otras palabras, conforme declina el régimen, declinan sus hombres, se degeneran, pierden visión y potencialidad. Y dentro del régimen no pueden surgir en forma eficaz los hombres que no sean esos, vale decir, su producto. Las mismas fuerzas defensivas, actuando en una forma hasta inconsciente, lo impiden. Por eso es que ningún gobernante burgués está ni siquiera capacitado para arreglar las piezas gastadas del mecanismo. Por eso mismo es imposible creer que el proletariado como clase, pueda arreglar ese mecanismo actuando dentro de las limitaciones constitucionales del mismo. Sólo una revolución podrá colocar al proletariado como clase en condiciones de realizar la gran transformación.

DE ULTIMA HORA

El Fiscal del Ministerio Público y el Ministro sin Cartera cohechados con seis mil colones?

Ya en prensa esta edición de TRABAJO, ha llegado hasta nosotros el rumor de una intriga de palacio que — caso de ser verídicos los datos suministrados a esta Dirección — es digna del más aprovechado discípulo de Maquiavelo. Con las reservas del caso, transcribimos la información:

Administrativamente ha sido prorrogado el contrato celebrado hace algún tiempo entre el Gobierno y la llamada "Empresa Nacional de Transportes Aéreos". El acuerdo oficial respectivo fue publicado por "La Gaceta" de anteaer. Como es bien sabido, por disposición contenida en una de las cláusulas de dicho contrato, el Gobierno subvenciona con una cantidad fija a la empresa en cuestión. Ahora bien, el rumor que corre de boca en boca en la ciudad es el de que el contratista hizo gracioso concesión al Fiscal del Ministerio Público y Ministro sin Cartera, Lic. Buenaventura Casoria, de la suma de SEIS MIL COLONES, para que gestionara en las alturas presidenciales la prórroga en cuestión; y también (esto es lo morrocotudo) para que influenciara a la Secretaria de Relaciones, a fin de que ésta no hiciera gestión de ninguna clase para facilitar el aterrizaje en los países centroamericanos comprendidos en el itinerario del vuelo que está realizando el aviador Macaya. Parece que es-

te traía el proyecto de proponer un nuevo contrato al Gobierno, en vista de que había expirado el suscrito con la Empresa Nacional; y el gerente de ésta, al oisquiar dicho propósito, acudió al arbitrio a que nos hemos referido, con la intención de retardar en lo posible el arribo de Macaya a Costa Rica. Se nos informa también que el Lic. Vargas Quesada fué a Relaciones, extrañado de que ésta no hubiera hecho gestión alguna para facilitar el vuelo de Macaya, y que la respuesta dada por el funcionario Pacheco fué terminante: "Macaya no es ni siquiera costarricense para que nos estemos ocupando de eso".

A nosotros para nada nos importa que Macaya obtenga o no un contrato del Gobierno. Tampoco nos interesa, porque nuestra filiación doctrinaria nos pone en guardia toda forma de patrioterismo, que ya tenga Costa Rica su Lindbergh de menor cuantía. Y si recogemos esta información es porque nos interesa que se haga luz sobre ella. Sin adoptar poses dramáticas, hablando-lisa y llanamente, deben decir los funcionarios a quienes síndica la opinión pública de haber participado en este chanchullo, lo que hay de falso o de cierto en las aseveraciones que todos comentan actualmente en San José y que nosotros recogemos responsablemente en nuestras columnas.

De nuevo el problema de los cambios patentizando la bancarrota del capitalismo

El problema de los cambios está de nuevo sobre el tapete de la discusión pública. El comercio se ha resuelto por fin a adoptar una actitud enérgica que no creemos que logre conservar por mucho tiempo, y esa actitud acompañada de una algarazara de prensa ha venido a darle trascendencia a la cuestión.

En varias ocasiones hemos enfocado en nuestro periódico el problema de los cambios. Todas nuestras apreciaciones, todas nuestras previsiones, están siendo ampliamente confirmadas por los hechos.

No vamos a analizar ahora nuevamente ese problema. Queremos simplemente hacer ver en pocas líneas a nuestros compañeros, que ese caos que en estos momentos parece envolver la vida económica del país, no es otra cosa que un reflejo del caos económico mundial. La bancarrota del capitalismo, se patentiza cada vez más ante los ojos de los incrédulos. Poco a poco se irá llegando al convencimiento de que sólo una salida tiene la crisis económica mundial: la revolución social.

La actitud de los comerciantes es indudablemente lógica. El mecanismo de la Junta de Control de Cambios se ha convertido tal y como nosotros lo habíamos previsto en un aparato que sólo sirve los intereses de los cafetaleros. El Gobierno, algunas veces entre bastidores, y otras descaradamente, acciona en la misma dirección. Tenemos hasta razones para sospechar que un periodista de la casa presidencial es quien sostiene la campaña desvergonzada de los cafetaleros. En fin, que los cafetaleros mandan en el país y han conseguido que el rifle dispare por la culata.

Nosotros nos preguntamos: ¿qué dirán los arrogantes autores de las leyes de emergencia? Continuarán creyéndose "salvadores de la patria"? Todas sus demagógicas medidas han fracasado. Fracasaron las leyes de moratoria, las leyes protectoras de deudores de oro, las protectoras de deudores en general, la ley de emisión que terminó en una caricatura infeliz de utilidad exclusiva para los banqueros, y la ley de control de cambios.

Para disimular esta tremenda realidad, se ocupan esos señores de discutir desde las columnas de la prensa la constitucionalidad o inconstitucionalidad de tales leyes. Si el artículo tal debe interpretarse así, o de otra manera; si tal tratadista de derecho público dijo tal cosa o tal otra; si el espíritu está sobre la letra o la letra sobre el espíritu, etc., etc. Qué van a discutir más estos señores leguleyes si la verdad es que constitucionales o no constitucionales las leyes, no están dando ningún resultado en la práctica y la situación económica del país continúa agravándose. ¿Para qué más palabrería? Lo más curioso es esto: que un señor leguleyo de esos, se pone un día de tantos a defender una tesis con el fin exclusivo de adular a determinada camarilla capitalista. Le salen inmediatamente al encuentro los defensores de la otra. Al cabo de pocos días, como por arte de magia, como si despertaran de un sueño, se encuentran todos con que los papeles han cambiado, y con que están defendiendo precisamente los intereses que creían atacar. Se dicta una ley con determinado objeto y poco tiempo después resulta la ley dando resultados diametralmente opuestos. Eso lo hemos presenciado todos en estos últimos días y lo único que demuestra es que el terreno es movido, oscilante, inseguro; síntomas éstos de una próxima catástrofe. Los señores leguleyes no se cansan sin embargo; los afanes polícticos mantienen siempre vivos sus entusiasmos. En estos momentos por ejemplo, ya se habla de sesiones extraordinarias del Congreso con el objeto de resolver "los graves problemas econó-

cos", vale decir, "los jugosos problemas electorales". Y nada, que dentro de pocos días veremos a los doctores de la ley y de la economía, con las gafas caladas, desbarrando desde los banquetes del congreso y dándose mutuamente los más sonoros calificativos. Desde luego fracasarán una vez más todas sus medidas. La ignorancia de estos hombres les hace creer que la vejez se cura con cosméticos.

Pero volvamos a nuestro tema y preguntémosnos: ¿Triunfarán los comerciantes? Lo dudamos, pero si tal cosa ocurriera, ya veríamos entonces a los cafetaleros en sus mismas actitudes de antes. Amenazarían lo mismo que los comerciantes ahora hasta conseguir de nuevos ventajas para su situación, y de nuevo tendríamos a los comerciantes gritando. El resultado sería el establecimiento en el país de una política que podríamos llamar "la política de un ratito cada uno".

El problema de los cambios — lo decimos de nuevo — más que un problema puramente económico es un problema social. Está directamente vinculado al problema de los precios, y éste a su vez tiene arraigo en el hambre de las masas, en el problema de la desocupación. Las medidas del Presidente Roosevelt que pretendían estúpidamente aumentar el consumo elevando los precios, están completamente fracasadas; sus mismos admiradores lo confiesan ya en la prensa mundial. El saldo de esas medidas en lo internacional ha sido el mismo de las medidas de nuestros legisladores burgueses en lo nacional. Sólo normalizando la vida de las masas se podría normalizar la situación económica del mundo. Pero eso es imposible dentro del capitalismo. La lógica capitalista conduce precisamente a anormalizar cada vez más la situación de las masas trabajadoras. Ahí radica la contradicción del régimen fundamental, la que ha de dar al traste con el capitalismo en un futuro ya muy cercano. Nada hacen, pues, los comerciantes ni los cafetaleros con gritar, ni con morderse; inútil son todos sus esfuerzos como inútil sería pretender conseguir que las aguas de un río caminaran en sentido contrario al que tienen, soplando con una pajilla de las que se usan para beber refrescos. Este no es un momento en que se puedan establecer reglas inconvencionales ni señalar leyes infalibles. No hay leyes ciertas; todo, absolutamente todo está convulsionándose epilépticamente. Y mucho menos viviéndose como se vive bajo el imperio de los intereses creados. Las únicas medidas que podrían resultar eficaces en este momento, serían aquellas que reayuzaran directamente sobre los detentadores de la riqueza, y cuyos resultados no dependieran de leyes económicas inciertas. En otras palabras, únicamente las leyes de Salario Mínimo y de Ayuda a los Desocupados, podrían aportar alguna solución.

De todas maneras, de lo que está ocurriendo debemos sacar los trabajadores una enseñanza. Que los cafetaleros se unen y defienden sus intereses por todos los medios a su alcance, hasta pasando por encima de las leyes. En la misma forma proceden los comerciantes. Ambas camarillas en sus respectivas oportunidades no han vacilado en acudir a todos los medios para defenderse. Naturalmente, ellos, dueños de poderosas fuerzas económicas, no necesitan de tirarse a la calle ni de empuñar las armas. Pero emplean esas fuerzas con resultados semejantes a los de la revuelta. En cambio, los trabajadores, no tenemos derecho a nada. En cuanto nos echamos a la calle a pedir trabajo, nos dan metralla. Se considera lógico que los capitalistas defiendan sus ganancias, pero no se admite en ninguna forma que los trabajadores defendamos nuestro derecho a la vida.